

HACIA LA IDENTIFICACIÓN Y ANÁLISIS DE LA UNIDAD DOMÉSTICA ANDINA

Lidio M. Valdez
MacEwan University, Canadá
valdezcardenasl@macewan.ca

Ponencia presentada al Simposio:
Áreas Domésticas: Avances, Reflexiones y Perspectivas,
Universidad Nacional Federico Villareal, agosto 20 – 21 de agosto, 2010

Resumen:

Durante las dos últimas décadas, varios estudios arqueológicos enfocando atención particular a la unidad doméstica han sido publicados. Dicha atención no sólo demuestra el interés de los especialistas en el análisis de las áreas domésticas desde la perspectiva arqueológica, sino también hace resaltar que tal consideración es imprescindible para comprender todo el proceso de producción, distribución y consumo. Aquí es importante advertir que los modelos de análisis hasta hoy desarrollados y que vienen sirviendo como puntos de referencia en el estudio de las áreas domésticas están basados en datos etnográficos, complementados con información etnohistórica. En muchos casos la así llamada ‘evidencia etnográfica’ no deja de ser parcial y superficial. Una consideración no crítica de dichas fuentes, lleva el peligro de producir resultados distorsionados que en nada beneficiaría al estudio arqueológico. Para percibir mejor la unidad doméstica Andina, por un lado, es importante tratar con cautela la evidencia etnográfica, y por otro lado, desarrollar modelos basados en la evidencia arqueológica tangible.

Palabras Claves: Arqueología Andina; Unidad doméstica; Etnografía; Producción

Abstract:

During the last two decades, several archaeological studies paying particular attention to the domestic unit have been published. This attention shows not only the scholarly interest in the study of domestic areas, but it also highlights that such a consideration is vital in order to understand the process of production, distribution and consumption. It is timely to point out that the existing archaeological models currently in use are based on ethnographic evidence, complemented with ethnohistoric information. In many cases the so-called ‘ethnographic evidence’ is partial and therefore superficial. The uncritical consideration of such resources carries the danger of producing distorted results, with little or no benefit to archaeology overall. In order to understand and explain the Andean domestic unit, on the one hand, it is important to be cautious with the ethnographic evidence, and on the other hand, to develop models based on archaeological tangible evidence.

Key Words: Andean Archaeology; Domestic Unit; Ethnography; Production

INTRODUCCIÓN

La arqueología Andina, y la arqueología peruana en particular, tiene una larga tradición de buscar y hacer resaltar lo monumental, lo espectacular y lo más colorido. En una región como los Andes Centrales, rica en recursos arqueológicos y monumentos, aquel que resalta a la vista siempre ha captado la atención de los especialistas y por ende la imaginación del público. Por lo tanto, ignorar lo atractivo y lo monumental siempre fue – y lo sigue siendo – un duro reto para los especialistas. Por supuesto, cómo ignorar, por ejemplo, a una de las maravillas del mundo moderno! Además, discursos sobre temas monumentales siempre llena los auditorios, y a la vez captura con mayor facilidad la atención del público menos especializado. En este contexto, lo doméstico queda fácilmente relegado, o en su efecto marginado del discurso arqueológico.

Este énfasis de lo monumental, voluntario o no, siempre deja la interrogante: ¿qué fue de las gentes que edificaron dichos monumentos? Por décadas, los especialistas han sido hábiles de identificar tradiciones culturales, áreas culturales, señoríos, estados e incluso imperios; pero, sorprende a la vez que nuestro conocimiento acerca de las personas que construyeron dichos estados e imperios, por ejemplo, siguen siendo poco estudiados, y ni qué decir de las áreas domésticas. De este modo, estoy convencido que interrogantes con respecto a la forma cómo las antiguas culturas se desarrollaron y sobre todo llevaron adelante sus actividades cotidianas son temas todavía por ser investigados.

Nosotros, como partícipes en la investigación arqueológica, debemos aceptar como un reto inmediato el análisis de los espacios domésticos y a la vez replantearnos de la dirección que necesitamos tomar para hacer de la arqueología una disciplina socialmente significativa (Trigger 1980:671). Por lo tanto, mi intención aquí es discutir algunos aspectos que considero necesitan ser tomados en consideración para iniciar con el proceso no sólo de la identificación de las áreas domésticas, sino sobre todo explicar mejor las particularidades de una unidad doméstica Andina. De este modo, es preciso subrayar que existen interrogantes cruciales que pueden ser evaluados sólo y únicamente a partir del estudio arqueológico y de manera especial del análisis de las áreas domésticas. Este es el caso específico de la dicotomía entre lo doméstico y lo público, que discuto en las líneas siguientes.

LO PÚBLICO Y LO DOMÉSTICO

La dicotomía entre lo público y lo doméstico es un tema de mucho interés dentro de la disciplina antropológica (Rosaldo 1974; Rosaldo y Lamphere 1974; Lamphere 2009). Esta dicotomía surge de la división del trabajo entre el hombre y la mujer, donde el primero inició a ser asociado a la esfera pública, y la segunda con la esfera doméstica. Esta división se hizo más evidente con la revolución industrial y el eventual establecimiento de las fábricas (factorías), en particular en los países industrializados (Bonvillain 2007:177-183). Dentro de este contexto, la asociación del hombre con la actividad pública y de la mujer con la actividad doméstica quedó prácticamente establecida.

Sin embargo, cuándo y bajo qué circunstancias surgió esta división no ha sido del todo esclarecido. Definitivamente tal división ya existía cuando las primeras formaciones estatales fueron establecidas. Esto deja abierta la posibilidad que la división entre lo público y lo doméstico tal vez haya emergido con – y es consecuencia de – la domesticación de

plantas y animales. Esta posibilidad necesita ser verificado y sólo el estudio arqueológico está en una posición de privilegio de poder ofrecer dicha verificación.

Está establecido, además, que la producción del excedente fue uno de los pre-requisitos para la aparición de los especialistas. Posteriormente, se hicieron presentes los monumentos públicos, considerados uno de los emblemas de las sociedades estatales. Con la aparición de los primeros monumentos públicos, se hace posible distinguir físicamente lo público de lo doméstico. Sin embargo, exactamente cuándo y bajo qué circunstancias surgió esta división en los Andes Centrales son interrogantes de mucha importancia que merecen la atención de los especialistas. De esta breve reflexión, se puede observar que lo doméstico siempre existió y obviamente antecedió a lo público, en tanto que las áreas públicas no siempre existieron.

En el caso específico de los Andes Centrales, el análisis arqueológico no puede sólo enfatizar un lado a costa del otro lado; es decir; sólo resaltar lo público, ignorando lo doméstico. Nuestra atención a las áreas públicas obviamente deja en claro que también existen áreas que no son públicas, las mismas que exigen ser analizadas. Dicho análisis tiene el potencial no sólo de responder interrogantes con respecto al origen de esta división, sino también para determinar si dicha dicotomía implicó desde un inicio la división del trabajo de acuerdo al sexo.

LA EVIDENCIA ETNOGRÁFICA

Todo esfuerzo orientado hacia la identificación y análisis de la unidad doméstica toma como punto de partida el ya famoso texto editado por Flannery (1976) y publicado hace cerca de cuatro décadas. No obstante la amplia distribución del texto, la arqueología Andina en general no ha sido tan recepcionista con las ideas ahí plasmadas y esto se refleja en el hecho que hasta la fecha sólo existe un volumen que trata las unidades domésticas de la región Andina (Aldenderfer 1993). En su lugar, toda vez que los especialistas que trabajan en la región Andina han tenido que analizar la unidad doméstica, siempre han tenido como fuentes de referencia a la evidencia ethnohistórica y a la evidencia etnográfica. En este caso, resaltan los ya famosos tratados de Rowe (1946), Murra (1975 1983), y Rostworowski (1970, 1975, 1977), considerados fuentes valiosos para la interpretación arqueológica. Al lado de estos ya famosos estudios, existen muchas otras fuentes etnográficas (Silverblatt 1987; Mitchell 1991, 2006; Allen 1984, 1988; Arnold 1993; Isbell 1985; Skar 1982; Meyerson 1990; Abercrombie 1998) y ethnohistóricas (Cobo 1956 [1653], 1979 [1653], 1990 [1653]) que en conjunto permiten analizar la unidad doméstica. Fuentes como la de Bernabé Cobo (1956[1653]: 243; Rowe 1946: 221), por ejemplo, presentan en detalle cómo se desarrollaron las varias actividades domésticas al momento de la llegada de los españoles, y este fue el caso particular de los batanes.

Mientras que la evidencia ethnohistórica y etnográfica es obviamente rica, es preciso tener cuidado al momento de utilizarlos. En ambos casos, este tipo de estudios presentan información de cómo se hicieron actividades específicas y en momentos determinados. Utilizarlos sin una consideración crítica implica la existencia de una continuidad a lo largo del tiempo, la misma que supone a su vez que las sociedades presentes no cambiaron, sino que son reliquias congeladas del pasado. En otras palabras, la etnografía del presente no puede ser trasladada a cualquiera sociedad del pasado, precisamente porque las culturas siempre están en proceso de cambio.

La evidencia etnográfica, al que muchos investigadores recurrimos para interpretar la información arqueológica, presenta todavía problemas más graves. En primer lugar, la evidencia sólo presenta un instante de la vida cotidiana, y una vez registrado queda estático. Al recurrir a dicha información y ver a comunidades específicas a través de la evidencia etnográfica, asumimos que la comunidad no cambia y, por lo tanto, la información etnográfica registrada hace más de tres décadas es aplicable de la manera que mejor parezca al investigador. Esta suposición es errónea en tanto que las comunidades cambian y como tal lo registrado por el estudio etnográfico no necesariamente es permanente y representativo. Esto es lo que muchos hacemos al recurrir a fuentes como Silverblatt (1987), Cuttler y Cárdenas (1947), Mitchell (1991, 2006), Allen (1988), Arnold (1993), Isbell (1985), Skar (1982), Meyerson (1990), y Abercrombie (1998), para citar algunos.

En segundo lugar, y lo más peligroso, es que bajo la cubierta de ‘evidencia etnográfica’ se ha dicho mucho de las culturas Andinas. Bajo el pretexto de ‘etnografía,’ todos, incluido el arqueólogo que conoce poco o nada de una investigación etnográfica propiamente dicha, se convierte en ‘etnógrafo’ y produce ‘evidencias’ que encuadran perfectamente en sus modelos interpretativos (Goldstein y Coleman 2004; Goldstein, Coleman y Williams 2009). Así, de repente, una anécdota o una broma se convierten en ‘evidencia etnográfica’ y a menudo es publicado sin previa evaluación crítica. Esto simplemente porque la ‘evidencia’ supuestamente fue reportado por un ‘científico objetivo,’ identificado también como ‘objetivismo calificado.’ En otro trabajo (Valdez 2012) discutí algunos de estos problemas, razón por la cual aquí no pretendo repetir. Quiero insistir, sin embargo, que para tener validez, la evidencia etnográfica debe ser registrada siguiendo los protocolos de un estudio etnográfico propiamente dicho y que debe incluir la inmersión del investigador en el quehacer cotidiano de la comunidad investigada. A su vez, dicho estudio debe estar basado en la experiencia vivida, contrario a una experiencia simplemente observada.

En tercer lugar, los estudios etno-arqueológicos presentan sus propias limitaciones. Nash (2009) sostiene que estudios experimentales son necesarios para explicar mejor la unidad doméstica y sus componentes; sin embargo, para tener cualquier aplicabilidad y validez, dichos esfuerzos tienen que ser efectuados en varias regiones, con varios grupos étnicos, precisamente porque la unidad doméstica Andina no es homogénea. Por lo tanto, sería erróneo aplicar de manera generalizada la información etno-arqueológica sin tener en consideración la diversidad cultural y regional. A su vez, dichos esfuerzos tienen y deben incluir especialistas indígenas, especialistas que tengan una experiencia vivida, y no sólo así especialistas que nunca han estado al interior de una unidad doméstica Andina.

Finalmente, los especialistas mantenemos vivas suposiciones que carecen de cualquier sustento empírico. Un caso concreto es la tendencia de asumir que los objetos domésticos fueron siempre manufacturados por la población residente del asentamiento (Stanish 1992:33-34). Este concepto implica que todo aquello considerado ‘doméstico’ fue localmente producido y que tales objetos no son transportables, como sí lo son los artefactos no ‘domésticos’ (Aldenderfer y Stanish 1993:2). Cualquiera que ha vivido en las comunidades de hoy conoce que muchos objetos considerados ‘domésticos’ – como las ollas de uso cotidiano – no sólo son manufacturados en diversos centros de producción, sino también son objetos de intercambio y como tales transportados lejos de sus lugares de producción; en consecuencia, y contrario a las expectativas teóricas de algunos, objetos

considerados utilitarios o domésticos sí son transportados fuera de sus lugares originales de manufactura (Valdez 1997:71).

Además de vasijas de cerámica, productos como utensilios de madera (cucharas), instrumentos de tejer, al lado de todo un conjunto de productos generalmente alimenticios como granos, tubérculos y carne, todos asociados a la actividad doméstica, fueron hasta hace recientemente transportados distancias considerables siguiendo las antiguas formas de transportación y donde los camélidos un rol fundamental (Figura 1). El intercambio de productos, efectuado como parte de la complementariedad Andina (Valdez 1997), siempre ha estado orientado a transportar productos asociados a la actividad doméstica. Todos estos productos son visibles etnográficamente, pero al parecer poco visible arqueológicamente. Sin embargo, existe la posibilidad que dicha supuesta poca visibilidad sea sólo consecuencia del poco interés de los especialistas.

LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

Con cierta frecuencia se sostiene que la arquitectura doméstica, por su función que es precisamente doméstica, es arqueológicamente ‘visible’ (Aldenderfer y Stanish 1993:6). Se sostiene, además, que lugares donde se efectuaron actividades como cocinar, almacenar, procesar los alimentos y dormir dejan restos materiales durables y tangibles que pueden ser ‘vistos arqueológicamente.’ Este planteamiento anticipa, entre otros, que todas estas actividades dejan rastros visibles y supuestamente también duraderos. Para demostrar que sugerencias como éstas no dejan de ser sólo expectativas, empíricamente difíciles de sustentar, basta referirnos al caso de los almacenamientos. Los especialistas desconocemos las formas de almacenamiento que se utilizan hoy en día a lo largo de los Andes Centrales; cuando ésta es nuestra realidad, anticipar que si es posible identificar formas de almacenamiento antiguos, se crea una falsa expectativa. Toda vez que nos referimos a los almacenamientos, muchos pensamos en las estructuras de la época Inka (LeVine 1992); sin embargo, hay que aceptar que con anterioridad existieron muchas otras formas de almacenamiento, para algunas de las cuales tenemos algunas referencias (Wing y Brown 1979:105; Valdez 2010:74).

Esta forma de razonamiento anticipa, a su vez, que las estructuras son edificadas para cumplir funciones específicas y únicas, como puede ser un dormitorio, una sala, una cocina. Sin embargo, la experiencia enseña que este no es siempre el caso. Por ejemplo, en los valles interandinos de los Andes Centrales, la estructura donde se preparan los alimentos, es decir la cocina, cumple más de dicha función. En efecto, dicha estructura es una unidad separada de las otras estructuras que conforman el conjunto doméstico y es de tamaño más pequeño que los demás (Figura 2). Además de cumplir su función principal, la de preparar los alimentos, éste es también un lugar de almacenamiento, y a su vez es – por excelencia – la residencia de los cuyes (Valdez y Valdez 1997).

Del mismo modo, la actividad de preparar los alimentos no siempre se da dentro del espacio considerado cocina. En el valle de Ayacucho, por ejemplo, durante la estación seca e inicios del periodo de siembra, se acostumbra preparar los alimentos fuera de la unidad doméstica, es decir inmediato a los terrenos de cultivo (Valdez 2000). Con el advenimiento de la estación de sembrío, las evidencias ‘visibles’ de dichas actividades ‘domésticas’ simplemente desaparecen en tanto dichos espacios son convertidos en terrenos agrícolas.

En este caso, no existe nada tangible que defina y limite las ‘áreas domésticas’ de otras considerables como ‘no domésticas.’

Asimismo, los especialistas asumimos que los objetos son manufacturados para cumplir funciones específicas. El mejor ejemplo es el caso particular de las vasijas de cerámica. Efectivamente, muchos mantenemos aquella noción que anticipa que la forma de las vasijas determina su función. Ocasionalmente, esto sí ocurre (Valdez 2012); sin embargo, una vasija, al igual que una cocina, cumple diversas funciones. Con esto quiero señalar que una vasija identificada como olla no necesariamente sirve y sirvió para preparar los alimentos. Desde luego, pudo haberlo sido; pero a su vez existe la posibilidad que funcionó para almacenar productos determinados.

Con respecto a la cerámica, uno de los artefactos más representativos de la mayoría de los sitios arqueológicos, nuestra definición de ‘doméstico’ y ‘público’ a menudo está predeterminado por el acabado de los objetos. Un objeto poco elaborado y de pobre acabado y sin decoración es normalmente identificado como ‘doméstico,’ mientras que un objeto mejor elaborado y que presenta decoración es identificado como de función ‘pública.’ Hasta cierto punto, esta lógica pueda ser válida. Por lo tanto, espacios donde predominan fragmentos de cerámica de acabado simple tienden a ser identificados como ‘áreas domésticas,’ mientras que espacios donde están presentes fragmentos de vasijas de acabado fino son vistos como espacios donde las ‘actividades cotidianas no se efectuaron’ (Stanish 1989:12), referidos también como ‘áreas públicas.’ Lo problemático es que en la práctica, esta lógica no siempre ocurre. Por ejemplo, para el caso Nasca se conoce que la policroma cerámica Nasca ocurre en todo contexto, incluido en áreas consideradas como ‘domésticas’ (Carmichael 1995:171; Vaughn 2009:154).

Una importante interrogante aún sin respuesta satisfactoria está en torno a quiénes manufacturaron la fina cerámica Nasca y dónde la manufacturaron. Por cuanto a la fecha no se ha encontrado un centro donde dicha cerámica haya sido producida, Carmichael (1998) sostiene que la fina cerámica Nasca no necesariamente debió haber sido manufacturada por especialistas, sino posiblemente producida a nivel doméstico. Por su parte, Vaughn y colegas sostienen son de la idea que dicha cerámica fue producida por especialistas y probablemente en un sólo centro. La evaluación de la pasta de la cerámica Nasca indica, de acuerdo a Vaughn y colegas, uniformidad y sugiere que la cerámica policroma fue producida y distribuida desde un centro específico (Vaughn, et al. 2006). Se supone que dicho centro fue Cahuachi, no obstante que hasta la fecha no se conoce un solo horno en Cahuachi. Sin embargo, en la ausencia de talleres y centros alfareros Nasca, comparables a Conchopata, por ejemplo (Pozzi-Escot 1991). Por lo tanto, para confirmar posibles escenarios, es necesario considerar más de una variable.

Quiero insistir, además, que los a menudo trabajamos con fragmentos y rara vez con piezas completas. La presencia de fragmentos decorados en un determinado espacio podría llevarnos a inferir que dicho espacio cumplió una función ‘pública.’ Antes de aceptar este tipo de conclusiones, merece verificar si existe alguna otra variable que sugiera una función distinta. En efecto, existen casos donde vasijas finamente elaboradas, tal vez manufacturadas para un función ‘pública,’ terminaron cumpliendo funciones ‘domésticas.’ La vasija fina se fragmentó, pero fue restaurado (Figura 3) y continuó siendo utilizado, cumpliendo obviamente una función distinta. Inicialmente la vasija tal vez cumplió una función ‘pública,’ pero desde el momento que se fragmentó pasó a ser utilizada en

actividades que de acuerdo a nuestras perspectivas serían consideradas ‘domésticas’ (Valdez y Valdez 2009:124).

De lo aquí discutido de manera bastante ligera queda evidente que determinar con certeza unidades domésticas, contrario a algunas anticipaciones que plantean lo opuesto, no es una tarea fácil. En primer lugar, las actividades domésticas no siempre dejan visibles evidencias materiales tangibles. Este es el caso de la producción de la cerámica a escala menor, como es el caso Nasca, donde hasta la fecha se desconoce de la existencia de un sólo horno (Carmichael 1998). Recién cuando la manufactura es a una escala mayor se hace visible la evidencia material como lo demuestra el caso del sitio Wari de Conchopata (Pozzi-Escot 1991).

En segundo lugar, muchas actividades domésticas se efectúan estacionalmente y fuera de las estructuras, espacios éstos que fácilmente son transformados, por ejemplo, en terrenos agrícolas. Por lo tanto, la ausencia de un horno para cocinar la cerámica (Figura 4) tal vez obedece a que dicha actividad se efectuó fuera de los límites de las estructuras que los especialistas vemos como demarcadores de los espacios domésticos. Finalmente, y como ya se anotó líneas adelante, es raro encontrar los materiales arqueológicos *in situ*, excepto cuando la producción fue a una escala mayor. La razón es el hecho que las unidades domésticas son barridas con una frecuencia tal vez mayor que los espacios públicos. De este modo, los objetos materiales son retirados con mucha facilidad, borrando en muchos casos toda señal de cualquiera actividad ahí desarrollada.

TAMBO VIEJO

Mientras distinguir con facilidad las áreas domésticas de las áreas públicas puede ser problemático, en asentamientos más tardíos y pertenecientes a organizaciones sociales más complejas, los espacios domésticos y públicos si se hacen obvios. Este es el caso del sitio Inca de Tambo Viejo del valle de Acarí (Menzel, Riddell y Valdez 2012). Por un lado, el diseño del sector administrativo es distinto en tanto que parece haber sido concebido previa a la construcción de las estructuras. Dicho diseño permitió determinar la ubicación de las varias estructuras, como las plazas, y sobre todo la construcción también al parecer coordinada y paralela. De este modo, se puede visualizar que todo el conjunto de estructuras del sector administrativo de Tambo Viejo fueron edificadas simultáneamente. Además, dicho esfuerzo simultáneo (más el diseño previo) permitió que las estructuras estén ordenadas.

Por otro lado, el ordenamiento y planificación arriba anotada no ocurre en los sectores domésticos. En su lugar, se observa un desorden, producto del hecho que las varias estructuras fueron edificadas separadamente y posiblemente también en tiempos relativamente distintos. En este caso, las estructuras domésticas informan del crecimiento población de Tambo Viejo, la misma que fue acomodada mediante el establecimiento de nuevas residencias. Dichas nuevas residencias fueron levantadas como respuesta a las nuevas demandas. Este proceso de acomodar las necesidades emergentes resultó en el establecimiento, en muchos casos, de un laberinto en tanto que las nuevas estructuras fueron acomodadas en los espacios disponibles (Menzel, Riddell y Valdez 2012).

Además, un detalle sobresaliente de las áreas domésticas de Tambo Viejo es la recurrente presencia de los instrumentos para el procesamiento de los alimentos, en forma de batanes. En efecto, toda unidad doméstica – contrario a las estructuras públicas – está asociado a batanes (Figura 5). Por su puesto, muchas han sido retiradas del sitio y este es el caso particular de las partes activas de los batanes, en lo general ausentes en el sitio. Los batanes ocurren asociados a espacios abiertos identificables como patios y a los cuales están conectadas varias estructuras rectangulares. A este conjunto también se asocian otros recintos de planta circular, pequeñas, que podrían tratarse de los depósitos.

Por lo tanto, para sitios Inca como Tambo Viejo es posible distinguir las áreas domésticas de las áreas públicas con cierta facilidad. Primero, la uniformidad de las estructuras es propia de espacios públicos, contrario al desorden de los espacios domésticos. Segundo, los espacios domésticos están asociados recurrentemente a los instrumentos de procesamiento de los alimentos. Finalmente, la cerámica es distribuida de manera distinta en estos dos espacios, donde la cerámica mejor elaborada tiene a ocurrir con mayor frecuencia en los espacios públicos, contrario a los espacios domésticos.

DISCUSIÓN Y COMENTARIO FINAL

Con estos comentarios no es mi intención, en absoluto, desalentar el esfuerzo que muchos vienen haciendo para identificar las áreas domésticas. Por el contrario, considero que dicha tarea es un reto importante, no obstante sus propias dificultades. Una de las razones por las que el tema ha permanecido relegado por tanto tiempo parece obedecer precisamente al hecho que analizar las áreas domésticas no es una tarea fácil. Sin embargo, es oportuno reconocer que las dificultades son las que hacen de toda investigación arqueológica no sólo un estudio interesante, sino también estimulante.

Considero a su vez que en este proyecto del análisis de las áreas domésticas desde una perspectiva Andina, se hace necesario empezar a utilizar conceptos indígenas. El conocimiento indígena, en combinación con la evidencia arqueológica del que disponemos, podría proveernos de los instrumentos que requerimos para así desarrollar conceptos y categorías aplicables a la realidad Andina. Estoy convencido que ésta es nuestra mejor opción y al hacer esto seremos directos partícipes en la consolidación de una arqueología que tenga mayor relevancia social y mayor identificación con la cultura Andina.

Hoy tal vez más que antes asistimos a tiempos de cambios significativos y donde, por ejemplo, estamos acostumbrándonos a incluir en nuestros discursos las palabras: mujer, niña, y niño, que por generaciones de arqueólogos fueron simplemente ignorados. La memoria arqueológica simplemente no quiso incorporarlos. Por su puesto, algunos continúan con la vieja tradición y en cuyos discursos aún permanecen invisibles muchos actores, especialmente la mujer, no obstante que los discursos pretenden proveer un análisis de cómo fue organizado un asentamiento (Vaughn 2009). Una arqueología que pretende reconstruir lo doméstico, pero que no quiere incluir – o no quiere ver – a niñas, niños y mujeres, considero ya no tiene lugar en nuestros días. En su lugar, al incluir nuevos actores del pasado Andino nos daremos cuenta que las reconstrucciones hechas desde perspectivas foráneas y sexistas necesitan ser revisitados y de ser necesarios modificados. Asimismo, reconstrucciones anteriores que asumieron como ‘natural’ o ‘normal’ la subordinación de la mujer, tienen que ser re-evaluados.

Como especialistas que trabajamos con los restos culturales del pasado y enfocados en el análisis de las áreas domésticas, nuestra tarea no es sólo identificar las áreas domésticas y determinar el tipo de actividades allí efectuadas. Más bien, nuestro reto es ir más allá, y a partir del análisis de los restos arqueológicos buscar respuestas para interrogantes de mayor envergadura que han atraído el interés no sólo de la arqueología, sino de la antropología en general. Esto incluye investigar, los orígenes de la relación asimétrica entre los sexos (Rosaldo y Lamphere 1974:6); es decir, determinar cómo, cuándo y bajo qué condiciones surgió la subordinación de la mujer (Rosaldo y Lamphere 1974:2).

Del mismo modo, se hace preciso determinar cómo, cuándo y por qué se dio la división opuesta entre lo ‘doméstico’ que es asociado con la mujer, y lo extra-doméstico o ‘público’ que en muchas culturas es asociado con los hombres (Rosaldo y Lamphere 1974:17-18; Lamphere 2009). Todas estas formas de división se dieron en el pasado y por lo tanto la arqueología es nuestra única fuente para conocer las raíces de esta división. Somos conscientes que la evidencia material requiere ser interpretado y que nuestras interpretaciones son influenciadas por lo que cada uno de nosotros asumimos o aceptamos como válido (Rosaldo y Lamphere 1974:3); sin embargo, no estaría por demás prestar atención a estas interrogantes, especialmente ahora que existen muchas mujeres haciendo la arqueología.

Para resolver temas cruciales como lo público y lo doméstico, se hace imprescindible la investigación arqueológica (Conkey 1991:30), en tanto que la dicotomía que divide a ambos géneros ocurrió en el pasado. Para esto, se hace urgente no sólo excavar las antiguas residencias, sino problematizar los varios hallazgos para de esa manera comprender el significado de las evidencias materiales recuperadas mediante las excavaciones. En particular, se hace crítico prestar atención a las relaciones de los varios restos materiales expuestos mediante las excavaciones. En última instancia, dicha relación será la que permite determinar la relación espacial de los diversos materiales (Clarke 1977:5). Dicha relación no parece ser homogénea; sino, existe la posibilidad de observar una diversidad de relaciones, reflejando así la diversidad cultural de los pueblos del pasado. Para tener mayor aplicabilidad, estas evaluaciones deben hacer el esfuerzo de determinar patrones recurrentes, para lo cual es preciso comparar y contrastar el contexto de varias unidades no sólo de un asentamiento, sino también de varios asentamientos.

Finalmente, considero saludable no limitarnos a expectativas teóricas y modelos de análisis específicos. En su lugar, considero beneficioso tener en cuenta varias avenidas de análisis. La región Andina es diversa y dentro de dicha diversidad no podemos anticipar encontrar ‘áreas domésticas’ idénticas. Efectivamente, una unidad doméstica de las alturas de Cusco (Allen 1984, 1988) no puede ser tomado como modelo para otras regiones de los Andes Centrales precisamente porque hay una diversidad de unidades domésticas. Más bien, existe una mayor posibilidad para encontrar una tremenda variación no sólo de un periodo a otro, sino también de una región a otra, e incluso de una zona ecológica a otra y de un grupo étnico y otro (Stanish 1989:8). De la misma manera, arqueológicamente se puede anticipar encontrar una variación en la composición y organización entre las unidades domésticas de sociedades estatales y sociedades pre-estatales. Para cada uno de estos, necesitamos encontrar, si es posible, patrones que en un futuro sirvan como puntos de partida para otros análisis similares. Estas son, desde mi perspectiva, algunas posibilidades

en este campo de estudio que considero sigue siendo nuevo y desde luego bastante fértil para explorar.

Agradecimiento:

En primer lugar, a los organizadores del simposio que da lugar a esta publicación, por la invitación a participar en dicho evento y presentar mis puntos de vista con respecto al tema en discusión. En segundo lugar, mis gracias para Marcela Ramírez Ruiz por haber presentado la ponencia en mi ausencia. Todo error, cualquiera sea su naturaleza, es de mi única responsabilidad.

Figuras.

1. Caravana de llamas transportando productos domésticos al sur-este de Huamanga, Ayacucho.
2. Una unidad doméstica en las proximidades de Huanta, Ayacucho; nótese la estructura del lado izquierdo que es de tamaño pequeño (cocina).
3. Cerámica proveniente del sitio Wari de Marayniyoq (Ayacucho) reconstruida en el pasado con el objetivo de ser reutilizado.
4. Horno abierto en medio de un terreno agrícola en Huaywas (Huanta) preparado para hornear la cerámica.
5. Batán asociado a estructuras domésticas del centro Inca de Tambo Viejo.

BIBLIOGRAFÍA

Abercrombie, T.A.,

1989 *Pathways of Memory and Power: ethnography and history among an Andean people*. Madison: The University of Wisconsin Press.

Aldenderfer, M. S. (ed.)

1993 *Domestic Architecture, Ethnicity and Complementarity in the South-Central Andes*, University of Iowa Press, Iowa City.

Aldenderfer, M. S. & C. Stanish

1993 Domestic architecture, household archaeology, and the past in the South-Central Andes. En, *Domestic Architecture, Ethnicity, and Complementarity in the South-Central Andes*, M. S. Aldenderfer (ed.): 1-12. Iowa City: University of Iowa Press.

Allen, C.J.

1988 *The Hold Life has: coca and cultural identity in an Andean community*. Washington and London: Smithsonian Institution Press.

Arnold, D.E.

1993 *Ecology and Ceramic Production in an Andean Community*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bonvillain, N.

2007 *Women and men: cultural constructs of gender* (4th. Edición). New Jersey: Pearson, Printice Hall.

Carmichael, P. H.

1995 Nasca burial patterns: social structure and mortuary ideology. En, *Tombs of the Living: Andean Mortuary Practices*, T. Dillehay (ed.): 161-189. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks.

Carmichael, P. H.

1998 Nasca ceramics: production and social context. En, *Andean Ceramics: technology, organization, and approaches*, I. Shimada (ed.), pp. 213-231. Pennsylvania: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology.

Clarke, D. L.

1977 Spatial information in archaeology. En, *Spatial Archaeology*, D. L. Clarke (ed.), pp. 1-32. London & NY: Academic Press.

Cobo, B.

1956 [1653] Historia del Nuevo Mundo, in *Obras del Padre Bernabé Cobo* (primera parte), pp. 8 – 427. Biblioteca de Autores Españoles, t. XCI. Madrid: Ediciones Atlas.

Cobo, B.

1979 [1653] *History of the Inca Empire*. Austin and London: University of Texas Press.

Cobo, B.

1990 [1653] *Inca Religion and Customs*. Austin: University of Texas Press.

Conkey, M. W.

1991 Does it make a difference? Feminist thinking and archaeologies of gender. In, *The Archaeology of Gender*, D. Walde & N. D. Willows (eds.), pp. 24-33. Calgary: The Archaeological Association of the University of Calgary, Chacmool.

Cuttler, M.C. & M. Cárdenas

1947 Chicha, a native South American beer. *Botanical Museum Leaflets* 13 (3): 33-60.

Flannery, K. V. (ed.)

1976 *The Early Mesoamerican Village*. New York: Academic Press.

Goldstein, D. & R.C. Coleman

2004 *Schinus Molle L* (Anacardiaceae) chicha production in the Central Andes. *Economic Botany* 58 (4):523-529.

Goldstein, D., R.C. Coleman & R.P. Williams

2009 You are what you drink: a sociocultural reconstruction of pre-Hispanic fermented beverage use at Cerro Baúl, Moquegua, Peru. En, *Drink, Power, and Society in the Andes*, J. Jennings & B. J. Bowser (eds.), pp. 133-166. Gainesville: University of Florida Press.

- Isbell, B.J.
1985 *To Defend Ourselves: ecology and ritual in an Andean village*. Illinois: Waveland Press.
- Lamphere, L.
2009 The domestic sphere of women and the public world of men: the strengths and limitations of an anthropological dichotomy. En, *Gender in Cross-Cultural Perspective*, C. B. Brettell & C. F. Sargent (eds.), pp. 90-99. New Jersey: Pearson, Prentice Hall.
- LeVine, T. Y. (ed.)
1992 *Inka Storage Systems*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Menzel, D., F. . Riddell & L. M. Valdez
2012 El centro administrativo Inca de Tambo Viejo. *Arqueología y Sociedad* 24:403-436. Museo de Arqueología y Antropología, UNMSM, Lima.
- Meyerson, J.
1990 *Tambo: Life in an Andean village*. Austin: University of Texas Press.
- Mitchell, W.P.
1991 *Peasant on the Edge: crop, cult and crisis in the Andes*. Austin: University of Texas Press.
- Mitchell, W.P.
2006 *Voices from the Global Margin: confronting poverty and inventing new lives in the Andes*. Austin: University of Texas Press.
- Murra, J. V.
1975 *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Murra, J. V.
1983 *La organización económica del estado Inca*. Siglo XXI and Instituto de estudios Peruanos, México and Lima
- Nash, D. J.
2009 Household archaeology in the Andes. *Journal of Archaeological Research* 17:205-261.
- Pozzi-Escot, D.
1991 Conchopata: A community of potters. En, *Huari administrative structure: Prehistoric monumental architecture and state government*, W. H. Isbell & G. F. McEwan (eds.), pp. 81-92. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks.
- Rosaldo, M. Z.

1974 Women, culture, and society: a theoretical perspective. En, *Women, Culture, and Society*, M. Z. Rosaldo & L. Lamphere (eds.), pp. 17-42. Stanford: Stanford University Press.

Rosaldo, M. Z. & L. Lamphere

1974 Introduction. En, *Women, Culture, and Society*, M. Z. Rosaldo & L. Lamphere (eds.), pp. 1-15. Stanford: Stanford University Press.

Rostworowski de Diez Canseco, M.

1970 Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios. *Revista Española de Antropología Americana* 5: 135–178.

Rostworowski de Diez Canseco, M.

1975 Pescadores, artesanos, y mercaderes costeros en el Perú prehispánico. *Revista del Museo Nacional* 41: 311–349.

Rostworowski de Diez Canseco, M.

1977 Coastal fisherman, merchants, and artisans in Prehispanic Peru. En, *The Sea in the Pre-Columbian World*, P. Benson (ed.), pp. 167-186. Washington, DC.: Dumbarton Oaks.

Rowe, J.H.

1946 Inca culture at the time of Spanish conquest. En, *Handbook of South American Indians: The Andean Civilizations*, Vol. 2, J. H. Steward (ed.), pp. 183-330. Bureau of American Ethnology Bulletin 143. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.

Silverblatt, I.

1987 *Moon, sun, and witches: gender ideologies and class in Inca and colonial Peru*. Princeton: Princeton University Press.

Skar, H.O.

1982 *The Warm Valley: duality and land reform among the Quechua Indians of highland Peru*. Oslo: Universitetsforlaget.

Stanish, C.

1989 Household archaeology: testing models of zonal complementarity in the south central Andes. *American Anthropologist* 91:7-24.

Stanish, C.

1992 *Ancient Andean Political Economy*. Austin: University of Texas Press.

Trigger, B. G.

1980 Archaeology and the image of American Indian. *American Antiquity* 45:662-676.

Valdez, L. M.

1997 Ecology and ceramic production in an Andean community: a reconsideration of the evidence. *Journal of Anthropological Research* 53:65-85.

Valdez, L. M.

2000 On ch'arki consumption in the ancient Central Andes: a cautionary note. *American Antiquity* 65 (3): 567-572.

Valdez, L. M.

2010 Los silos de almacenamiento de Huarato, valle de Acarí, Perú. *Revista de Investigaciones* 7:73-90. Lima: Centro de Estudiantes de Arqueología, UNMSM.

Valdez, L. M.

2012 Molle beer production in a Peruvian central highland valley. *Journal of Anthropological Research* 68 (1):71-93.

Valdez, L. M. & J. E. Valdez

1997 Reconsidering the archaeological rarity of guinea pig bones in the Central Andes. *Current Anthropology* 38 (5):896-898.

Valdez, L. M. & J. E. Valdez

2009 Utilización y reutilización de la cerámica Wari: una perspectiva desde Marayniyoq, Ayacucho, Perú. *Revista de Antropología Chilena* 19: 113-132.

Vaughn, K. J.

2009 *The Ancient Andean Village: Marcaya in Prehispanic Nasca*. Tucson: The University of Arizona Press.

Vaughn, K. J., C. A. Conlee, H. Neff & K. Schreiber

2006 Ceramic production in ancient Nasca: provenance analysis of pottery from early Nasca and Tiza cultures through INNA. *Journal of Archaeological Science* 33 (5):681-689.

Wing, E. S. & A. B. Brown

1979 *Paleonutrition: method and theory in prehistoric foodways*. New York: Academic Press.